

Pasión de Cristo, confórtame

Inicio la oración del retiro de Cuaresma con esta petición de S. Ignacio de Loyola en el libro de los Ejercicios: "*Pasión de Cristo, confórtame*".

En la Iglesia ha quedado hondamente grabada la historia de la Pasión, Muerte y Resurrección del Señor. La ha leído y contemplado largamente y con devoción, en comunidad y personalmente. Cada año, durante cuarenta días, se prepara a vivir el Misterio Pascual. Lo celebra durante otros cincuenta días. De él saca fuerzas para seguir el camino del Señor y encontrar sentido profundo a su trabajo, a la tarea que el mismo Jesús le encomendó.

Es verdad que las horas densas y dolorosas, negras y llenas de luz del Triduo Pascual están repletas de vida, de amor apasionado. Jesús vive por nosotros un apretado y exuberante haz de virtudes en grado máximo, así afirma Santo Tomás de Aquino. Está realizando nuestra salvación, la epopeya de nuestra Redención. Es el momento que divide la historia humana. Toda consideración, admiración, adoración y acción de gracias se queda corta. Sobreabundó el amor y la gracia. Podemos ver además en Él la verdad entera y la libertad total.

De esta riqueza inagotable me atrevo a proponeros una virtud. No digo que sea la más importante, pero sí necesaria en estos momentos y, desde luego, la vivió Jesús. Es la *fortaleza*, con todo el vigor que le da el amor hasta el extremo y la fidelidad inquebrantable de Jesús al Padre. El poder de la Cruz es insuperable. Fuerza en la debilidad, dice S. León Magno (oficio de lecturas, martes 5ª semana de Cuaresma). "A los débiles, a los llenos de temores y medianías, Pasión de Cristo, confórtanos".

La contemplación os la ofrezco en tres cuadros:

El primero mirar a nuestro alrededor y a nosotros.

El segundo mirar al Padre, a Jesucristo.

El tercero acoger las fuentes de nuestra fortaleza.

1.- Un sencillo ver y mirar.

¿Por qué esta propuesta de oración y contemplación y para qué? Como acabo de deciros, os propongo hacer un sencillo ejercicio de ver y mirar nuestra realidad y a nosotros mismos.

¡Pasión de Cristo, confórtanos! Es la petición de este grupo de presbíteros. Petición necesaria, que nos nace del corazón y del deseo sincero de fidelidad. Es oración y también grito de esperanza.

En esta mirada os recuerdo previamente dos momentos: el primero el retiro de Adviento. El segundo el Plan Diocesano de Pastoral.

1.- Además de la misericordia, propuesta en el retiro de Adviento pasado, estamos necesitados de firmeza y de fortaleza. La misericordia y la fortaleza se encuentran. La gran hazaña de la misericordia de Dios, que es la Historia de la Pasión y Resurrección de Jesús, sólo puede ser realizada por Alguien, que es inmensamente fuerte, con la fortaleza, que también se expresa en la misericordia.

2.- Retomamos, una vez más, el Plan Diocesano de Pastoral. De nuestra retina y de nuestro corazón no se borra la imagen del Buen Samaritano, que es Jesús. En los días de su Pasión, como Él dijo, Jesús llegó hasta el extremo, “sufriendo aprendió a obedecer”. No se quedó a medias. Se abajó del todo. Se tomó en serio, con todas las consecuencias, levantar al hombre caído. Nada regateó. “Para eso he venido”.

Hace falta decisión, claridad de ideas, pero también fuerza y mucha fortaleza para andar por el camino sangriento y humillante que el Señor recorrió para salvar al hombre. La misericordia es de fuertes.

3.- Acogidos estos recuerdos, os ofrezco otras miradas:

Una de ellas es *mirar nuestra sociedad* para salir al paso del ambiente que se ha creado. El pensamiento es débil, la verdad no es verdad, es muchas veces fragilidad domesticada, a la carta, predomina lo *light*. No existe en muchos el esfuerzo ni se alienta a él. La *Nueva Era* se infiltra e insinúa. Los medios se justifican por los fines. “Todo vale”. Se confunde el bien y el mal. La tolerancia se convierte en ambigüedad. Estamos mirando hacia fuera y hablamos de laicismo, de indiferencia, de apatía de lo religioso, de deserciones de la Iglesia, de ambiente hostil. Por otra parte existe una falsa noción de la fortaleza, como es el fundamentalismo.

4.- Otra mirada: Nos adentramos igualmente en nuestras *comunidades*; también en la comunidad de nosotros los presbíteros. En ocasiones vemos que la mediocridad se instala. ¿Qué nos queda a muchos de audacia? La tibieza y el conformismo crecen. ¿Existe el coraje y la pasión incontenible por evangelizar, por anunciar a Jesucristo? La fe es nuestra victoria. “¿La encontrará Jesús en la tierra?”

Por eso, el análisis entero nos abarca a nosotros, a los de casa, y nos lleva a afirmar que el “mal” está también en nosotros, aunque nos cueste reconocerlo y nos moleste que nos lo digan. Es un punto que hemos de revisar y reconocer. ¿Qué hemos hecho de la luz, de la sal, de la levadura? Es nuestro pecado; hemos de nombrar el pecado entre nosotros.

5.- Queda incompleto el cuadro, si, en tercer lugar, no recogemos, en el otro lado, los testimonios cercanos y luminosos de muchos de los *nuestros que fueron fuertes hasta el final*, hasta el extremo. Estoy recordando a sacerdotes de nuestro presbiterio que dieron su vida por el Señor. Son los que esperamos que sean declarados por la Iglesia “mártires”. Nuestra Iglesia Diocesana dio mártires

sacerdotes. Dios los hizo fuertes hasta dejarse torturar y matar perdonando. Y fortaleza hace falta también para servir al Señor y morir pobre, dejando como ahorro una cantidad menor al valor de un euro.

6.- Por otra parte, mirar y contemplar la fortaleza de Cristo nos ayuda a evitar el peligro de *entenderla mal y de confundirla*. La fortaleza cristiana no está definida por el “*poder*”, sino por el “*servir*”. Para servir hace falta fortaleza. No está definida por el *mandar*, sino por la fuerza que da la *autoridad* del que es coherente con la fe y, por eso, con la Iglesia. No está en abandonar, sino en *seguir agarrando la esteva del arado*. No está en la *autosuficiencia* sino en la *humildad*. No está en el *tener* sino en el *ser y compartir*. No consiste en nuestro voluntarismo, sino en la confianza en Él.

7.- Mirando, a la vez, al presente y hacia delante, nos hacemos conscientes de que ayudar a construir el Reino, anunciar con claridad y entusiasmo a Jesucristo, Buena Noticia, exige fortaleza, *pasión*, que significa el coraje, del que no camina arrastrando los pies. A Jesucristo sólo se le anuncia correctamente con pasión. Y sabemos también que hoy, como siempre, la evangelización pasa por la contradicción, por el rechazo, por el sufrimiento, por la *pasión*, que es otro significado de esta palabra.. Os espera la persecución y la cárcel y hasta la muerte, anunció Jesús. Y todo esto exige fortaleza de ánimo. S. Pablo hablaba de los duros trabajos del Evangelio.

8.- Por fin, la mirada atenta me dice que esta fortaleza está en nosotros, pero no nace de nosotros. Es la fortaleza de los pobres, de los humildes, de los misericordiosos, de los servidores, de los buscadores de la paz, de los que piden no caer en la tentación, de los creyentes.

¡Pasión de Cristo, confórtanos! a este grupo de presbíteros. Necesitamos ser confortados. No nos es fácil vivir el ministerio. La Pasión de Cristo y su Resurrección, acogidas con gratitud nos dan fuerza.”Contempla, Señor, a tu familia en oración y haz que, imitando los ejemplos de paciencia de tu Hijo, no decaiga nunca ante la adversidad” (Oración de nona, jueves III semana). La colecta del miércoles de Ceniza, inicio de la Cuaresma, comienza así: “Señor, fortalécenos con tu auxilio al empezar la Cuaresma”...

Los tiempos son recios. Los presbíteros también los conocemos y nos sabemos pobres. Y por eso clamamos por el poder de Jesucristo. La fuerza extraordinaria de su pasión y “el poder de su Resurrección” nos den fuerza a los presbíteros que, a diario, invocamos al Espíritu para que haga presente en nuestras manos, sobre el altar, el misterio Pascual de la Pasión, Muerte, Resurrección de Jesús.

2.- Santo Fuerte

En este segundo momento de la oración os propongo *escuchar* la Palabra de Dios.

Los que han visto a Dios, hasta el fondo posible, nos han dejado su testimonio, y entre otros nombres, llaman a Dios *“fuerte”*. El Dios fuerte. Y la sola consideración de su poder, se convierte en exclamación e invocación: *¡Santo Fuerte!*

“Santo Dios, Santo Fuerte, Santo Inmortal”. Es aclamación reiterada y emocionada del Trisagio. *¡Santo fuerte!* es la respuesta necesaria del hombre que se ve y se acepta reducido a sus límites; *“Santo Fuerte”* se aclama como canto en el Viernes Santo, con resonancias claras de la liturgia oriental, y mientras se venera la Cruz de Cristo. *¡Santo Fuerte!*

2.1 *En el Antiguo Testamento*

Os invito a escuchar reposadamente testimonios de los creyentes que van enhebrando con Dios la historia de la Salvación. La confesión es que Dios es fuerte, sólo Él es fuerte, sólo en Él reside la verdadera e inquebrantable fortaleza.

A veces son imágenes anudadas en racimo, reiteradas, como expresión insuficiente de lo que ve y siente el que ora. Es la extraordinaria introducción del salmo 18: “Mi fortaleza, mi peña, mi alcázar, mi libertador, roca mía en que me refugio. Mi fuerza salvadora, mi baluarte. Dios mío, yo te amo”. “Mi aliado, mi escudo y mi refugio” (Salmo 144). “El Señor es mi fuerza y mi escudo, en Él confía mi corazón” (Salmo 28,7). “No confío en mi arco, ni mi espada me da la victoria; tú nos das la victoria; fue tu diestra, tu brazo y la luz de tu rostro, porque tú nos amabas” (Cf. Sal 44). “Fuerza mía, mi alcázar, yo cantaré tu fuerza” (Sal 59).

Otras veces es la imagen del *brazo y de la mano*. Es el gran himno, el salmo 118: “La diestra del Señor es poderosa, la diestra de Dios es sublime, la diestra de Dios hace proezas”. Por eso es mejor refugiarse en el Señor que confiar en el hombre o en los poderosos. Y su mano no se queda corta para salvar (Cf Is 59,1).

Los salmos hablan también del brazo poderoso de Dios (Salmo 44,4; 88, 14.22). Es el santo brazo de Dios (Salmo 98, 1). Isaías rezaba así a Dios: “¡Piedad, Señor, que esperamos en ti!, sé nuestro brazo por la mañana y nuestra salvación en el peligro” (33,2). También la Virgen María reconoce agradecida y admirada el “brazo poderoso de Dios” (Cf. Lc 1,51).

Otras veces es el *trueno* potente, o, por el contrario el susurro, la honda sencilla en las manos de un joven que avanza hacia el gigante bien armado y lo hace “en el Nombre del Señor” (Cf 1Sam 17,45). O es la experiencia cercana y a la vista en la impresionante gesta de cruzar el Mar Rojo a pie enjuto. El pueblo no pudo contenerse y cantó con Moisés: “Cantaré al Señor, sublime es su victoria,

caballos y jinetes ha arrojado en el mar. Mi fuerza y mi poder es el Señor, Él fue mi salvación” (Ex 15, 1-2).

Es el poder también de su *palabra*. Siete veces resuena poderosa la “Voz” del Señor en el salmo 29. Es la palabra que hace lo que dice. Llama a los astros y responden: ¡Presente! (Bar 3,35; Cf Job 38,35). Pronuncia su nombre y las cosas vienen a la existencia. Nada se resiste a su voz. Nunca vuelve vacía (Cf. Is 55,10-11).

Sobre todo, es el poder de su *amor*, la fuerza de su fidelidad, tantas veces puesta a prueba, a dura prueba, como recordábamos en el Retiro anterior. Dios se compara al esposo fiel (Cf Is 62,5). Ese amor incontenible sostiene el mundo y sostiene cada página de la historia humana. Es el Dios tenaz, más tenaz que la infidelidad del pueblo. Es Dios del aguante.

No he hecho más que insinuar unas pinceladas y sugerencias. Desearía detener aquí mis palabras y nuestra contemplación. Es muy importante recordarnos estas páginas. Alumbran, sin duda, situaciones nuestras. Puesto cada uno de nosotros ante Dios fuerte, ¿qué sentimientos nos surgen? ¿Es la admiración y el silencio? ¿Es la pequeñez insignificante del hombre, tantas veces teñida de maldad? ¿Es acoger la gratuidad y la libertad soberana de Dios, enteramente impregnada de amor? Es invocación ¡Santo Fuerte!. Es la esperanza que da el servir a Dios. ¿Estamos dispuestos a servir a este Dios? ¡No hay otro Dios! Repite Isaías. No es a mi medida. Él es todo. Esta es la última palabra (Cf Eccli 43, 27).

Ese Dios es mi Padre. Clara le dijo a Francisco: “Deja a Dios ser Dios”. Dios es y eso basta. Por eso es un grito de fuerza y de impresionante esperanza confesar: “*Creo en Dios, Padre Todopoderoso*”.

2.2 *Jesucristo*

He de proponer para nuestra oración la obra del mayor poder de Dios: Es *Jesucristo*. El *amén* de Dios es Cristo, dice S. Pablo (2Cor 1,19s).

De memoria podemos rastrear las páginas del Evangelio y dejarnos sorprender de la fortaleza de ánimo de Jesús.

Fortaleza en Nazaret, para vivir oculto, para practicar lo cotidiano y monótono. “*Uno de tantos*”, confesaban admirados los primeros cristianos.

Fortaleza para resistir las tentaciones abiertas del desierto, y las reiteradas pruebas a lo largo de su ministerio. Cuántos intentos de desviarlo de su camino. Lo pretendió la gente. Lo intentaron los fariseos de muchas maneras. Lo buscaron los mismos Apóstoles, y así, a Pedro tuvo que llamarle “Satanás”.

Impresionante el aguante de Cristo, que vivió con nitidez la fortaleza que suponen las Bienaventuranzas. Tuvo la fortaleza de perdonar. Cumplió su palabra y edificó sobre roca. El final fue darlo todo.

Sobrecoge y hay que detenerse sobre todo en la misma fortaleza interior necesaria para aguantar el escarnio, la calumnia, la mentira, la hipocresía, las humillaciones, el despojo de su dignidad. Se rebajó hasta la muerte, y una muerte de cruz. “*¡Era necesario!*” comentó Jesús a los de Emaús.

¡Santo Fuerte!. Lo débil de Dios es más fuerte que lo más fuerte de los hombres, decía S. Pablo a los Corintios. Y Él saca de nuestra fragilidad su propio testimonio en los mártires (Cf. Prefacio de mártires).

Os propongo detenernos, otra vez, ahora con el corazón abierto a la admiración y a la gratitud ante cada página y hecho de la Historia de la Pasión. ¿Qué fuego llevaba el Señor en su corazón?

La Pasión de Jesús es también hoy, como a lo largo de la historia de la Iglesia, una fuente *de fortaleza y de sabiduría*. Agarremos con las dos manos y sin disimular los malos ratos de nuestro ministerio. Cojamos nuestra soledad y desencanto. Seamos conscientes de la debilidad de nuestro barro. Asumamos nuestros miedos. También nuestro pecado. Soy alguien que mira a Cristo, al que traspasaron. Y, tal vez mi respuesta sea, o sin duda lo es: “Ya puedo”.

Fue en una misión. Llegó una oleada de persecución. Entraron en la aldea y a empujones llevaron al misionero a la plaza y con él a los miembros de la comunidad. El martirio empezó machacando la mano derecha del padre misionero hasta destrozarla. Luego siguió la tortura a otros cristianos. Había un niño en el grupo. Sintió miedo. Y se le ocurrió decir: “*¡Padre, levante la mano!*”, y el misionero alzó un muñón destrozado, ensangrentado. Lo miró el niño y dijo: “*Ahora ya puedo*”.

Algo así expresa el soneto que rezamos:

“Ando por mi camino, pasajero...
Y, cuando hay que subir monte (Calvario
lo llama Él), siento en su mano amiga,
que me ayuda, una llaga dolorosa”
(Hora intermedia, viernes I y III semana)

Hermanos sacerdotes: Con nuestro ministerio puesto al lado y a la luz de la Historia de la Pasión de Cristo, ¿qué respondo a Jesús? ¡Pasión de Cristo, confórtanos! Respondo que es posible seguir. Es posible superar el cansancio. “Podemos beber el cáliz”, pero lo es cuando lo miramos a Él. Podemos, a pesar de todo, mantener la mano en la manquera. Podemos romper la ley de mínimos. Podemos resistir los envites. “Fijos los ojos en Cristo” (Cf. Heb 12,1-4).

En este segundo punto, “Santo Fuerte”, he de invitaros necesariamente a acoger el poder formidable que desplegó el brazo del Padre *resucitando* a Jesucristo. San Pablo pedía al Padre de la gloria, el Dios de Nuestro Señor Jesucristo: “Que os conceda un Espíritu de sabiduría, y os ilumine los ojos de la mente para apreciar la esperanza a que os llama ... y la grandeza extraordinaria de su poder a favor de los creyentes, según la eficacia de su fuerza poderosa: poder

que ejecutó en Cristo resucitándolo de la muerte y sentándolo a su diestra en el cielo"... (Cf Ef 1,17-20). Y florece la esperanza .

3.- He de recordar con vosotros la entereza de María, mujer fuerte, de pie junto a la Cruz.

Me viene también a la memoria el trabajo y el esfuerzo de S. Pablo. "*Lo puedo todo en el que me conforta*". "He combatido bien mi combate" (Ver comentario de S. Juan Crisóstomo, en la memoria de S. Timoteo y S. Tito). Y las palabras de S. Pedro que hablan de aguante. Y la fortaleza que S. Juan de la Cruz recibió de la Pasión de Cristo, en "*La Noche oscura*".

La verdad entera de la Pasión de Jesús la confirma Dios con el poder de resucitar a Cristo. Por eso la Pasión de Cristo tiene fuerza para confortar y hacer fuertes.

3.- "No somos de los cobardes" (Heb 10,39)

Con este testimonio de la carta de los Hebreos inicio el tercer punto de esta oración. Ha sido contemplar a Dios fuerte y ha sido detenernos en la fortaleza, que genera la Pasión de Cristo.

3.1 *La fortaleza*. Esta virtud nos sugiere que existe la *hostilidad*, la tentación, la contradicción, la persecución, el obstáculo; que se da el enfrentamiento, la dificultad, la resistencia. La respuesta a todo ello se traduce en aguante y fortaleza.

La fortaleza supone, por eso, la *prueba* y se expresa en la superación de ella. Como el oro soporta el crisol. Y esta ha sido pedagogía reiterada de Dios. No debe extrañarnos de ningún modo. Sus amigos fueron probados. Jesús fue probado y superó la prueba. Hay una Bienaventuranza para los perseguidos, y saben que la constancia hace llegar hasta el final (Cf. Sant 1,2-4; 1 Pe 1,5).

La fortaleza da y ofrece también *madurez* (OT 11). No es fácil probar la madurez de una persona, si carece de fortaleza para resistir y también para cumplir la palabra dada, y superar los temores y miedos.

La fortaleza se mide igualmente por la *constancia* en la búsqueda del bien y capacita para ir hasta el sacrificio propio por defender una causa.

Es una mañana de *esperanza*, para repetirnos que podemos. Porque nuestra suficiencia es Él. Sólo Jesucristo, capaz de amainar el viento contrario. Jesucristo, pan entregado y partido; sangre derramada por nosotros y por todos los hombres. Si el ministerio nos sobrepasa, y si nuestros vasos, como sabemos, son de barro, somos también conscientes de que el Señor nos dejó bien claro que la fuerza es Él. Nada puede el sarmiento arrancado de la vid, si no es arder. De la fortaleza del sacerdote habla la *Lumen Gentium* nº 41.

3.2 Porque nace fuera de nosotros, os recuerdo algunas *fuentes de nuestra fortaleza*. He subrayado ya el testimonio de Cristo, el Señor, fue el Mártir de Dios Padre, desde su mismo nacimiento y de modo deslumbrante en las horas de su Pasión. Fuente de fortaleza es la *esperanza* (Cf Is 30,15) y *el amor*. Ya he hablado de la fe. Fuente es igualmente su *palabra*.

He espigado parcialmente en esa Palabra de Dios y he ido descubriendo fuentes para nuestra fortaleza. Fuentes cercanas, de las que cada día podemos beber, fuentes también luminosas, que arrojan luz sobre nuestra vida y nuestro ministerio. Pero es preciso acercarse con sed a ellas.

1.- Os recuerdo, en primer lugar, el *Nombre del Señor*, serenamente invocado. Comienza la jornada el sacerdote santiguándose en el Nombre del Señor. Confesamos que no hay otro nombre que salve. Pedro pronunció el Nombre de Jesús y un hombre tullido se puso en pie.

Pero la fuerza del Nombre de Jesús no queda arrinconada a los primeros tiempos. Nos viene bien hacerlo presente hoy. Porque no son nuestra fuerza los ejércitos ni los carros, de los que, además, carecemos, ni son sin más nuestros planes y estrategias. No son, al menos, nuestra fuerza verdadera.

Es sobrecogedor pronunciar despacio el Nombre del Señor e invocarlo desde lo hondo. Nosotros tenemos a nuestro alcance la fuerza del Nombre del Señor, de su persona que sostiene el mundo. Es el Nombre-sobre-todo-Nombre. En ese Nombre perdonamos. Es el Nombre que nos mantiene. Su Nombre es también presencia. Es la *Eucaristía*.

“Estaré cada día con vosotros hasta el final del mundo”. Y nos aseguró su presencia admirable y única en la Eucaristía. El presbítero no sólo vive para la Eucaristía, sino que vive de la Eucaristía, que celebra en el Nombre del Señor.

Ese Nombre se invoca con fe, expresa nuestra fe, que es fuente de victoria. Y es necesario recordarnos esta afirmación de Jesús: *“Os he dicho estas cosas para que tengáis paz en mí. En el mundo tendréis tribulación. Pero ¡ánimo!. Yo he vencido al mundo”* (Jn 16,33). Nuestra victoria es la *fe*, comenta S. Juan (1Jn 5,4)

Dicho con otro nombre, que hemos de recordar: ¡Es la gracia! (Cf. 1Cor 15,10).

2.- Encuentro otra fuente sorprendente de fortaleza. Es la *alegría y el gozo*. Después del destierro se pusieron a levantar con esfuerzo gigantesco el nuevo templo. Leyeron en público la Palabra de Dios. El pueblo se emocionó y lloró. Esdras y Nehemías despidieron al pueblo, con esta recomendación: *“Nuestra fuerza es el gozo en el Señor”* (Neh 8,10).

Jesús pidió al Padre que su alegría se afanzara en nosotros. Hemos comprobado la fuerza que posee un sacerdote decididamente contento.

Porque la amargura repele y aísla. Con la tristeza agarrada a la vida no se anuncia la Buena Noticia. Predicaban el Evangelio los primeros misioneros, y en las ciudades florecía la alegría, hace constar el Libro de los Hechos (Cf. 2, 46; 8,8).

Tenemos caminos para la alegría. Jesús enumeró ocho que Él vivió. En las Bienaventuranzas hay una fuerza transformadora, entre otras razones, porque generan alegría. La fuerza y la alegría de ser misericordiosos, de tener la mirada limpia, de ser paciente, de buscar la paz y la justicia. Y Jesús llega a pronunciar la alegría de la contradicción y de la persecución.

El Ángel saludó a nuestra Señora con una invitación a la alegría. Nace el Señor y nos anuncian la alegría. Y los mejores de los nuestros se saben y sienten contentos en la misma precariedad o en la cárcel.

¡Qué fuerza tiene decir de verdad: "*Me encanta mi heredad*"!. Decir cada día: No me llenan y satisfacen los dioses de la tierra. "*Me ha tocado un lote hermoso*".

3.- Sabemos qué fuente de fortaleza es la *oración*. De esto no hablamos sólo por lo que otros dicen. Pero es bueno tener presentes sus testimonios fidedignos.

Hago memoria de las impresionantes oraciones de Moisés, intercediendo por el pueblo rebelde, oraciones que aplacaron a Dios (Cf. Dt 9,18-19, 25-29; Ex 32,11-14.30-32; Ex 17,10-12). Siempre me ha impresionado esta definición de Jeremías: "El que ama a sus hermanos, el que ora mucho por su pueblo..."(2Mac 15,14).

Mirando, además, al Señor, recuerdo sólo una noche dolorosa. Hay que detenerse en la Oración del Huerto. Jesús cae desplomado al suelo. Le invade la tristeza, el pavor, la angustia. Una oración dura. El final fue levantarse decidido e ir al encuentro de quienes lo prendieron.

La fuerza de los débiles es la oración. Confesar la incapacidad es común a la oración. Oración de intercesión. Oración de acción de gracias. Oración de adoración. Oración de escucha. La oración con la Iglesia. La gran oración, que es la Eucaristía. La oración del Padre, la oración por Jesucristo, Nuestro Señor, la oración al Espíritu. La intercesión de María.

Además no podemos olvidar que el Señor nos encargó reiteradamente orar, porque, además, Él lo hizo. Estar con Él a solas, escuchar y contrastar, dejarnos discernir por su vida y su palabra son fuentes de fortaleza.

Es fuente que nos inculcaron en tiempo de formación. Es fuente en que bebieron nuestros grandes místicos y sacerdotes ejemplares. Esta oración a Dios Padre, a Jesucristo, al Espíritu nunca es una evasión o huída, ni nos lleva a situarnos en las nubes. La oración cristiana lleva al Reino, lleva al hombre. Dime cómo vives y te diré cómo oras.

Es experiencia contrastada que la vida languidece cuando no respira con la oración. Es un dato urgente al que debemos prestar atención y constituye un rasgo

original del ser cristiano, del ser presbítero. El compromiso de orar es serio. Y la oración requiere un tiempo y un lugar.

4.- Hay una fuente difícil de entender pero por entero originalmente cristiana e inscrita en la pedagogía de Dios. Es la fuerza de lo *débil*.

No es, sin más, una apología de la debilidad, sino que en toda la Historia Sagrada hay un proceder uniforme de Dios y es su rechazo a los prepotentes, a los autosuficientes, “a los poderosos los derriba de sus tronos”, y ensalza al hombre humilde. Esta es la experiencia que canta Nuestra Señora.

La tentación permanente que sufrimos es de adquirir poder, o de mantenernos en él (Cf. Dt 8,17). Y, sin embargo, el camino salvador viene por otra dirección: la kénosis, el abajamiento, el despojo, la “inutilidad” total de la cruz. Fue el camino de Jesús, el Dios pobre. Dios se hizo carne. Dios se hizo debilidad.

Jesús, además, escogió a pescadores impreparados, y hasta pecadores reconocidos. Es la fuerza incontenible de no ser dueño ni de una piedra donde reclinar la cabeza. Es la fuerza que tienen los pobres.

La tesis de la debilidad la contrastó y la expuso con claridad S. Pablo en la primera carta a los Corintios. “Lo más débil de Dios, como decís que es la cruz, es más fuerte que lo más fuerte del hombre”.

Y él mismo tiene la experiencia de que, cuando se ve débil es cuando verdaderamente es fuerte, y es de matrícula llegar a afirmar que, si de algo se gloria, es de sus propias debilidades, porque hacen ver el poder de Dios.

Porque hacer con mucho lo consiguen los hombres. Hacer con poco es de Dios. Con dos mil denarios los Apóstoles no tenían suficiente para dar un trozo de pan a cada uno de aquella ingente muchedumbre, que seguía a Jesús. Con cinco panes, Jesús dio de comer hasta saciarse y hasta sobrar doce cestas.

La oración de la debilidad me lleva a recoger, en síntesis, algunas tesis o corolarios.

Una tesis que repite S. Pablo es “para que nadie se gloríe” en falso y en vano. Porque Dios no cede a nadie su gloria (Cf. Is 42, 9).

Otra tesis se la expuso Jesús al mismo S. Pablo: “Te basta mi gracia; mi fuerza se despliega en la flaqueza” (2Cor 12,9).

Un corolario es que este estilo de vida nada tiene que ver con el complejo enfermizo de minusvalía o inferioridad.

Otro corolario es que hacen falta pobres de verdad, sencillos de verdad, humildes de verdad. Tienen el poder de Dios. En ellos, como en María, Dios hace maravillas. Con la debilidad se hace también el Reino. Lo saben los jubilados, lo saben los enfermos.

Aquella hermana le dijo a Teresa del Niño Jesús: “Hermana, cuánto nos falta para ser santos”. Y ella respondió: “Hermana, diga más bien cuánto nos sobra para serlo”.

Cuando el hombre no puede, interviene Dios. Dios necesita el vacío, para llenarlo. Dios necesita la pobreza para enriquecerla. Jesús vino a curar a los enfermos.

Volvemos a darnos cuenta de la fuerza impresionante de la Pasión de Cristo. En esa enorme debilidad está nuestra incontenible fuerza.

5.- La fuerza del *servicio*. Isaías presenta en cinco cantos al Siervo de Dios. Jesús los asumió y declaró con fuerza que no había venido a que le sirvieran, sino a servir. Escucharlo resulta incomprensible, pero hay que volver a oírlo, y hay que comprobar la fuerza del Siervo de Yahwé.

El primer servicio es a Dios, a Jesucristo, al Espíritu Santo. Los auténticos servidores de Dios, -nosotros lo somos- participan del poder de Dios. Hay un adagio que dice: Servir a Dios es reinar. La fuerza interior que tiene el ponerse a disposición de Dios sin regateos estériles es incomprensible.

Servir a la comunidad, servir a los compañeros requiere fortaleza permanente de nuestra parte, pero, a la vez, nos la da. Es la fortaleza del que ayuda y no se aprovecha. Es la fortaleza del testimonio de quien está disponible. Por algo el Señor, como en otras ocasiones hemos dicho, nos puso en las manos una palangana y una toalla. Y viene a resonar también en nuestros oídos las palabras de Jesús: “*Haced esto en memoria mía*”. En memoria y recuerdo vivo del Siervo entregado.

6.- La fuerza del *compañero*. Como ocurre en la familia, ocurre en el presbiterio. A la familia accedemos. El presbiterio nos precede y acoge. La fraternidad de los presbíteros nace del sacramento y es verdadera, y de ella mana la ayuda fraterna y la fraternidad (PO, 8).

El Papa, recordando el Concilio, insiste en que el sacramento del orden tiene querencia comunitaria, es vital, siempre somos copresbíteros. “Ningún presbítero puede realizar bien su misión de manera aislada e individualista, sino únicamente juntando fuerzas con otros presbíteros bajo la dirección de los que presiden la Iglesia” (PO, 7; Cf. PDV, 17).

Es la fuerza que da el arquiprestazgo serenamente vivido, como hogar, como taller, como escuela. En la carta a los Hebreos se escribe un reproche para los que no asisten a las asambleas y reuniones (Cf. He 10,25), porque de la comunidad, dice, recibimos estímulo para la caridad y las buenas obras y aliento.

Quiero indicar con esto algo más hondo. Estoy hablando de la fuerza que da la *comunión*, que es una realidad teológica, que es signo de la presencia de Cristo

en nosotros. Es la comunión eclesial que nos define como sacerdotes diocesanos, no sólo sacerdotes en la Iglesia Diocesana, sino presbíteros de ella.

Sabéis que existe la desafección a la Iglesia y que se puede manifestar de muchos modos. Perdemos vigor ministerial también, cuando no amamos de corazón a la Iglesia, o se hacen selecciones personales y reduccionistas de sus ofertas y enseñanzas, o se somete al criterio individual el seguir el camino para todos y con todos.

Somos conscientes de que nuestras faltas de comunión eclesial retardan la extensión del Evangelio en nuestra sociedad, rompemos la imagen de la Iglesia, perdemos fuerza en luchas internas, se puede repetir la tendencia absurda del francotirador.

La comunión de un Consejo Pastoral da fuerza. La comunión en el Arciprestazgo también. Y, sobre todo, la comunión sincera con la Iglesia Diocesana, a la que, por el Señor, hemos entregado nada menos que nuestra vida.

7.- Termino este septenario con una fuerte alusión a una fuente necesaria de fortaleza: *“Es la fuerza de lo alto”* (Lc 24,49; He 1,8). Esta expresión está señalando al Espíritu Santo.

Hemos recibido la fuerza del Espíritu en el Bautismo y especialmente en la Confirmación. La hemos recibido en el Diaconado y Presbiterado. Se nos otorgó esa Fuerza de lo alto.

El libro de los Hechos es la hagiografía del Espíritu, como defensor y fuerza. San Pablo vive esa fuerza y la expresa en múltiples momentos. El habla de embriagarse del Espíritu como también de no entristecerlo (Cf. Ef 4, 30; 5, 18), no extinguirlo (1Tes 5,19).

Jesús nos lo promete como Defensor, y uno de sus dones es la fortaleza. La secuencia del *“Veni, Sancte Spiritus”* nos va deletreando todos los trabajos del Espíritu, Padre de los pobres. Somos, por eso, deudores del Espíritu. La parresía, el coraje, la audacia, la fuerza ante la persecución y la cruz la da el Espíritu. En alguna ocasión hemos comentado que en *“Diálogo de Carmelitas”* las monjas suben al cadalso cantando el *“Veni, Creator”*.

El sacerdote y el Espíritu han de ser siempre buenos amigos. El sacerdote reconoce y agradece los carismas de su comunidad, que son gracias, fuerzas y servicios. El sacerdote pide al Espíritu poseer buen olfato para rastrear las huellas del Espíritu en el mundo, en la comunidad, en sí mismo. Al sacerdote siempre le queda la fuerza del Espíritu, la fuerza que es el Espíritu mismo, *“Señor y Dador de vida”*

Conclusión

En estas horas de oración y retiro haremos, como en años anteriores, la celebración penitencial. Siempre me impresiona saber que los presbíteros iniciamos el camino cuaresmal con la confesión de nuestros pecados y de nuestras debilidades. Creo firmemente en la fuerza de un presbiterio reconciliado con Dios, con su Iglesia, con sus copresbíteros, con su comunidad. Es fuerza enorme la confesión sincera, que experimenta el poder del perdón.

Por eso, y si os sirve mi reflexión anterior, nuestro examen, entre otros campos de conversión, podría tener en cuenta dónde hace aguas nuestra fortaleza, nuestro plan de vida personal, como pensar también de qué fuentes no bebemos (Cf. Jn 7,37; 4, 10-14). y si nos hemos fabricado aljibes agrietados (Cf. Jer 2,13).

Esta es la primera propuesta.

La segunda es invitaros a pedir la fortaleza, porque le toca al presbítero ser mediador de ayuda para la comunidad. Si hemos pedido, con sinceridad, *“¡Pasión de Cristo, confórtanos!”* es porque a nosotros nos corresponde ofrecer nuestro brazo a la comunidad.

Esta mañana es oración también por nuestra comunidad y para ella.

Confortados, para poder confortar en el Nombre del Señor. Este es el saludo de la segunda carta a los Corintios, con el que termino la oración: *“Bendito sea el Dios y Padre de Nuestro Señor Jesucristo, Padre de las misericordias y Dios de toda consolación, que nos consuela en todas nuestras tribulaciones, para poder nosotros consolar mediante el consuelo con que nosotros somos consolados por Dios”* (2Cor 1,3-5).